

Enigma e inconsecuencias de Rafael Núñez

Escribe: ALBERTO MORENO GOMEZ

El doctor Rafael Núñez ha sido el colombiano más controvertido, repudiado y alabado por sus contradictorias actuaciones públicas. Le han sobrado biógrafos e intérpretes de su vida privada que golosamente vulneraron sus secretos de alcoba. A través de producciones poéticas matizadas de indiscutible fondo filosófico, y de variada y rica vida sentimental, a Núñez se le juzga en lechos voluptuosos, en cariñosos brazos femeninos, dominado por el sexo y por la ambición del poder político. Presentado como un Casanova del siglo XIX, entregado lujuriosamente a la carne, con placeres estremecidos por explicables pasiones, aparece asediado por hermosas mujeres, a la manera de esos donjuanes que en el pasado y en el presente se regodean en playas, cabarets y casas de juego y de amor. Su prestigio político, su innegable capacidad de ideólogo contradictor y profundo, su figura corporal enigmática y rasputiniana, crearon ese mito o realidad de un hombre embrujador, que se quemaba en la repetida aventura de los matrimonios y en el encuentro reiterado de amores excelentes. Así se explica que muchos escritores hayan novelado su tránsito vital, su destino histórico poblado de tormentosas lucubraciones intelectuales.

¿Cómo era en verdad el doctor Núñez, a quien tanta fama de conquistador le atribuyen impertinentes investigadores de su vida? ¿Fue cierto que vivió entregado fervorosamente a los quehaceres sentimentales, a tiempo que en su cerebro hervía una concepción orgánica y pragmática de los principios doctrinarios? ¿Se fusionaron los factores típicamente sexuales y las

inquietudes de su acción política en este personaje excepcional que se debatió en medio de tremendas veleidades? ¿Reclinaron las mujeres sus cabezas, atraídas y embriagadas por el fulgurante poder de la inteligencia de este hombre introvertido, o fue la codicia de la ambición económica lo que en ellas permitió que se les aquerenciara por el mágico influjo del pensador otoñal, a quien también se le imputa haber cometido violaciones de naturaleza política? ¿Fue un perseguidor implacable de las mujeres o un complaciente perseguido de tantos corazones que lo amaron?

Al doctor Núñez se le señala como altísimo poeta, pensador y estadista de recios perfiles humanos. Esas debieran ser las facetas susceptibles de análisis, de indagación y de crítica al someterlo al inevitable proceso de la realidad histórica. Lo demás no cuenta, porque aparte de constituir ello repudiable intromisión en la vida privada del llamado Regenerador, su enjuiciamiento ante la historia resulta tergiversado y propenso a apreciaciones irreverentes. Tradicionalmente se ha establecido el divorcio natural entre la vida privada y la vida pública de quienes por sus virtudes y méritos escalan las altas posiciones en la dirección de los negocios oficiales. Se considera que los linderos de la crítica histórica deben ser respetuosos, recatados y sometidos a un criterio de discriminación, que separe los actos particulares de los hombres públicos y los que conforman el derrotero político que cuajó en el transcurso de grandes o pequeñas preocupaciones. De aquí que al tratar de emitir un juicio acerca de Rafael Núñez, prefiramos seguirlo en hechos que son del dominio común, y mantenernos separados de cualquier involucración en sus menesteres privados.

La personalidad del doctor Núñez se resiente por actitudes de versatilidad y cambios bruscos. Asido a las ideas liberales se afirma que un día resolvió darle el vuelco a su voluble inteligencia, reforzada indudablemente por rica cultura, dominio de la filosofía y de la sociología política. Angustiado en ese mundo de las ideas, jugó con estas, las manejó a su amaño y antojo, las quebrantó duramente y se refugió en esas zonas misteriosas del pensar para crearse el mito de los contrastes intelectuales. Se replegó en la poesía, un tanto saturada de leve erotismo, simultáneamente que elaboraba principios sobre los problemas del Estado, su armazón filosófica y su estructura política, pero

en forma flexible, que le facilitara modificar su postura cuando el curso de los acontecimientos le indicaba que los objetivos anhelados le producían resultados favorables. La ética y la moral, hasta cierto punto, fueron materia maleable, que utilizaba como norma suprema en la ejecución y desarrollo de sus planes políticos. Sus pensamientos, sus juicios y sus razonamientos se movían al vaivén de las circunstancias que prevalecían entonces, y un deseo de dominio caracterizó el complejo proceso de sus andanzas. La realidad de su ciclo vital, que en verdad fue ondulante en el campo de las ideas, no ha logrado en respetables zonas del pensamiento encontrar justificación histórica, a pesar de la profusa literatura que se ha escrito sobre su nombre, grabado en los anales patrios como un Maquiavelo criollo que no buscó exactamente aplicar el repugnante principio de que "el fin justifica los medios". A la Regeneración se le atribuyen melancólicas lecciones en el ámbito de la nación, y todavía resultan investigadores que acomodan la figura del doctor Núñez como elemento esencial y básico de la transformación política colombiana.

El concepto de quienes así juzgan a Núñez radica en clasificarlo como ideólogo de los postulados políticos, como filósofo que le dio savia a las concepciones del Estado que él mismo había pretendido ajustar y como creador de las normas institucionales del país. Se le atribuyeron poderes y cualidades que en realidad no pueden desconocérsele en forma absoluta, concebidas y practicadas sin duda por la veleidosa inteligencia que lo caracterizó.

Combatió el federalismo como pernicioso efecto de las ideas radicales consagradas en la Constitución de Ríonegro expedida en 1863. Pero a ellas opuso con apasionada convicción el criterio centralista para perturbar a sus adversarios con ademanes dogmáticos que implicaban, en parte, la negación de las libertades públicas. Aferrado a principios circunstanciales que profesó a última hora por razones de conveniencia personal, Núñez llevó al país, poco a poco, y tal vez sin quererlo, a la sangrienta guerra civil en que perecieron tantos compatriotas. Expositor de nociones que él apreciaba libertinas en el escenario de la nación, convirtiose sorprendentemente en abanderado de otras, contrarias a las que regían en época llena de confusión. Una tenaz empresa de sospechosa habilidad política lo indujo a exa-

gerar el curso de los acontecimientos, cometiendo imprudencias, modificando la esencia democrática de las instituciones y acentuando entre los colombianos los odios que sacrificaron sagrados intereses en el orden de las relaciones sociales. Su trayectoria mental y política aparece desajustada, y puede decirse que de ella solo se desprenden premisas un tanto deleznable en la jerarquía y en el plano de doctrinas como fuente del bienestar colectivo.

Revisada la historia patria por recursivos panegiristas, a Núñez se le ha presentado erguido y esforzado sobre el pedestal de la gloria que pudo alcanzar no obstante sus excesos sus equivocaciones enormes y el influjo de una biología descompuesta que intelectualmente quiso reformar las bases democráticas de la nación colombiana. Esa tendencia se ha extendido para juzgar a los próceres de la independencia, no con el sentido de la realidad, sino tergiversando actuaciones y contrariando la verdad histórica. Lo que ellos realizaron y ejecutaron en beneficio de las libertades públicas y privadas se presenta ahora desvirtuado por apreciaciones subjetivas emanadas de la inconformidad, de una aflictiva posición ante la heroicidad de sus hazañas incontrovertibles. Olvidan que la historia no se escribe así, recortada con perfidia, alterada por el criterio personalista en busca del renombre que no se adquiere sino en las equilibradas reflexiones del pensar.

El doctor Rafael Núñez fue llamado el "Padre de la Regeneración" y "El filósofo de El Cabrero". En el costado sur del Capitolio Nacional se erigió estatua en bronce a su figura y a su dura personalidad. Pero es conveniente que ella también sirva para recordar las demasías que cometió, las prevenciones que elaboró su cerebro privilegiado y los elementos doctrinarios que desquiciaron las garantías constitucionales.

Antes que cualquier otra cosa, el doctor Núñez fue un periodista que escribió densas páginas de filosofía política. Ejerció este magisterio con brillantez, pero no fue consecuente, en forma rigurosa, a sus aficiones y afanes de escritor público. La libertad de los demás en este caso sufrió, por acción y por culpa suya, limitaciones innobles, represalias inconsultas que coartaron la expresión ajena. A muchos adversarios les fueron desconocidos por Núñez sus derechos y por colaboradores suyos que elevaron a canon constitucional la prohibición de emitir

ideas, y que a través de la denominada "Ley de los Caballos" orientó el desarrollo de la acción estatal hacia la censurable dictadura que le permitió imponer multas, cerrar periódicos y encarcelar y desterrar a los más connotados periodistas de la época. Fue otra jurisprudencia que más tarde utilizaron gobernantes temerosos de las aspiraciones y reivindicaciones populares.

La herencia política del doctor Núñez, tiene sin embargo mucho de generosa. Diferentes hombres públicos han muerto después de haber recorrido una etapa política de extraordinarios contornos, inclusive de haber quebrantado también los derroteros mismos de la democracia. De igual modo se llevaron a la tumba los ácidos recuerdos que dejó a la posteridad el llamado Regenerador. Por eso se mantiene impasible el recelo por las acciones de quien fue frágil, pero que llenó de innovaciones el conjunto institucional del país. Con el pretexto de cambiar las costumbres políticas, Núñez manchó, por múltiples aspectos, las páginas de la historia, reprimió las libertades y socavó la dignidad humana, seguramente inspirado en normas de patriotismo que sería inútil negarle.

La pulcritud de los hechos humanos se expresa cuando los hombres públicos ejercitan métodos de gobierno compatibles con el decoro de las tradiciones nacionales. Y Núñez, que alternaba entre la poesía sentimental y la prosa de orden filosófico y político, fue complaciente con el coro de aduladores, con el cortejo de la servidumbre que lo acompañó en las faenas del gobierno. ¡Cuántos banqueros, hombres de negocios, y hasta ministros se enriquecieron bajo la dulce protección del filósofo de El Cabrero! Cuando todo esto sucedía en la administración del doctor Núñez, este elaboraba "La Reforma Política", creyendo legar un catálogo de orientación ideológica para los siglos posteriores a su existencia. Pero Núñez olvidaba que la libertad sufría con su intervención, limitaciones, y que los escritores públicos que no contemporizaban con sus afanes dictatoriales eran sometidos en las cárceles o sufrían el exilio doloroso de los vejados por la injusticia.

La Regeneración fue un movimiento equivocado, parcialmente, de la política del doctor Rafael Núñez. Plagado de errores en varios de los órdenes de su gobierno dictatorial, apasionado, violento y obscurantista, formó involuntariamente la escuela de los déspotas en Colombia. El liberalismo no fue su única víctima.

También encumbrados sectores del partido conservador que lo combatieron, recibieron el golpe de su robusta y atrayente personalidad.

Hay, desde luego, un Núñez poeta, también discutible como tal, que en sus delirios solitarios facturó versos que intérpretes benévolos acoplan a los estadios de su vida pública como el eco de tormentosas inquietudes. Un Núñez seudoliberal, educado y formado en el pensamiento europeo como específico ejemplar teórico del Estado, de las lucubraciones políticas del siglo XIX. Un Núñez sociólogo y economista que en "La Reforma Política" resolvió trazarles a las generaciones de hoy, pautas como reflejo de sus preocupaciones mentales. Y un Núñez pseudo-filósofo, dado a las especulaciones pragmáticas, interesado en la imposición de fórmulas que se distinguieron por falta de consistencia y que proyectan apenas las frecuentes y lamentables indecisiones en el terreno del pensamiento regenerador. Pero queda, de todo ello, principalmente, un Núñez vacilante y perplejo, que políticamente profesó el utilitarismo de los filósofos para hacer la infortunada o afortunada travesía que ya conocemos. Esas facetas del doctor Núñez son las que requieren una mayor indagación sobre su móvil personalidad, para ubicarla cuidadosamente en el panteón de los hombres que mayor influencia ejercieron en el país, con sus inconsecuencias, sus inevitables errores y sus frecuentes equivocaciones en el campo de las normas morales y políticas, no propiamente quebrantadas para satisfacer rencorosas pasiones que desviaron la ruta democrática de la nación, sino por el confuso rumor de aquella etapa agitada de la república.